

## **TIEMPO DE RENOVAR EL COMPROMISO**

### **CONSTRUYENDO LA NUEVA RELACIÓN ENTRE JUDÍOS Y CRISTIANOS**

En el verano de 1947, 65 judíos y cristianos de 19 países se reunieron en Seelisberg, Suiza. Se unieron para expresar su profundo dolor por el Holocausto, su determinación de luchar contra el antisemitismo, y su deseo de fomentar relaciones más fuertes entre judíos y cristianos.

Denunciaron el antisemitismo como un pecado contra Dios y la humanidad, y como un peligro para la civilización moderna. Y para plantear estas cuestiones esenciales, hicieron un llamamiento en forma de 10 puntos a las Iglesias cristianas, para reformar y renovar sus concepciones sobre el judaísmo y las relaciones entre el judaísmo y el cristianismo.

Hoy, más de 60 años después, el Consejo Internacional de Cristianos y Judíos hace un nuevo llamamiento, esta vez, tanto a las comunidades cristianas como a las comunidades judías de todo el mundo. Esto conmemora el aniversario de la reunión de Seelisberg, que también fue el origen del Consejo Internacional de Cristianos y Judíos. El actual llamamiento refleja la necesidad de refinar los Diez Puntos de Seelisberg, de acuerdo con los avances efectuados en el diálogo interreligioso desde aquel innovador documento de 1947.

Este nuevo llamamiento contiene 12 puntos, presentados como metas, y está dirigido a los cristianos y a los judíos, y a las organizaciones de cristianos y de judíos. Después de exponer los 12 puntos y diversas tareas específicas para cada uno, el documento repasa la historia de la relación entre cristianos y judíos, que le ha proporcionado el marco contextual y el impulso a nuestra iniciativa.

Nosotros, los integrantes del Consejo Internacional de Cristianos y Judíos, hablamos juntos en este nuevo llamamiento, como miembros activos de nuestras tradiciones, con una larga historia de siglos de alienación, hostilidad y conflicto, marcada por circunstancias de persecución y violencia contra los judíos en la Europa dominada por el cristianismo, y también por momentos de gentileza y mutuo reconocimiento, en los que podemos inspirarnos.

Estimulados por la iniciativa de Seelisberg, hemos trabajado para superar la herencia de prejuicios, odios y desconfianza mutua. A través de un serio compromiso con el diálogo, el análisis autocrítico de nuestros textos y nuestras tradiciones, estudios conjuntos y acciones en común por la justicia, llegamos a entendernos mejor, nos aceptamos mutuamente en la plenitud de nuestras diferencias, y afirmamos nuestra común humanidad. Entendemos que las relaciones judeo-cristianas no constituyen un “problema” que debe “solucionarse”, sino más bien un

continuo proceso de aprendizaje y refinamiento. Y tal vez lo más importante: hemos encontrado amistad y confianza. Hemos buscado y hallado juntos la luz.

El trayecto no ha sido simple ni fácil. Hemos tenido muchos obstáculos y contratiempos, incluyendo conflictos —algunos bastante serios— en cuestiones teológicas o históricas. Pero nuestra determinación para proseguir con el diálogo a pesar de las dificultades, para comunicarnos con honestidad, y dar por supuesta la buena voluntad de nuestros interlocutores, nos ayudó a seguir adelante. Por estas razones, creemos que la historia, los desafíos, y los logros de nuestro diálogo son relevantes para todos los que se ocupan de conflictos intergrupales e interreligiosos.

Con este espíritu, hacemos este llamamiento a las comunidades cristianas y judías de todo el mundo.

## TIEMPO DE RENOVAR EL COMPROMISO: LOS DOCE PUNTOS DE BERLÍN

LLAMAMIENTO A LAS COMUNIDADES CRISTIANAS Y JUDÍAS

DE TODO EL MUNDO

Nosotros, el Consejo Internacional de Cristianos y Judíos, y nuestras organizaciones miembros, decidimos renovar nuestro compromiso con los Diez Puntos de Seelisberg que han inspirado nuestros comienzos. Por lo tanto, hacemos estos llamamientos a los cristianos, a los judíos, y a todas las personas de buena voluntad:

### **Llamamiento a los cristianos y a las comunidades cristianas**

Nos comprometemos con las siguientes metas, e invitamos a todos los cristianos y a todas las comunidades cristianas a unirse a nosotros en el esfuerzo permanente por eliminar todos los vestigios de desprecio hacia los judíos, y fortalecer los vínculos con las comunidades judías de todo el mundo.

#### **1. Luchar contra el antisemitismo religioso, racial, y en todas sus formas**

*En el aspecto bíblico*

- Reconociendo la profunda identidad de Jesús como un judío de su época, e interpretando sus enseñanzas dentro del marco contextual del judaísmo del primer siglo.
- Reconociendo la profunda identidad de Pablo como un judío de su época, e interpretando sus escritos dentro del marco contextual del judaísmo del primer siglo.

- Enfatizando que las recientes investigaciones sobre las bases comunes y la separación gradual del cristianismo y el judaísmo son decisivas para nuestra comprensión básica de la relación judeo-cristiana.
- Presentando los dos Testamentos de la Biblia cristiana como complementarios y mutuamente afirmativos, en vez de antagónicos o inferior/superior. Se alienta a las denominaciones que usan leccionarios, a elegir y relacionar textos bíblicos que muestren esa clase de teología afirmativa.
- Denunciando las interpretaciones cristianas incorrectas de textos bíblicos referentes a los judíos y al judaísmo que puedan provocar ridiculizaciones o animosidad.

*En el aspecto litúrgico*

- Realzando la conexión entre la liturgia judía y la liturgia cristiana.
- Destacando la riqueza espiritual de las interpretaciones judías de las Escrituras.
- Limpiando las liturgias cristianas de ideas antijudías, en particular en las homilías, las plegarias y los himnos.

*En el aspecto catequístico*

- Presentando la relación cristiano-judía en tonos positivos en la educación de los cristianos de todas las edades, destacando las bases judías de la fe cristiana y describiendo en forma adecuada las maneras en que los judíos mismos entienden sus propias tradiciones y prácticas. Esto incluye los planes de estudios de las escuelas y los seminarios cristianos, y los programas de educación cristiana para adultos.
- Promoviendo una conciencia de los largos siglos de tradiciones de antijudaísmo cristiano, y ofreciendo modelos para renovar la singular relación judeo-cristiana.
- Subrayando la inmensa riqueza religiosa de la tradición judía, especialmente mediante el estudio de sus textos autoritativos.

**2. Promover el diálogo interreligioso con los judíos**

- Entendiendo el diálogo como confianza e igualdad necesarias entre todos los participantes, y rechazando cualquier idea de convencer a otros para que acepten nuestras propias creencias.
- Comprendiendo que el diálogo alienta a los participantes a analizar en forma crítica sus propias percepciones, tanto de su propia tradición como de la de sus interlocutores en el diálogo, a la luz de un genuino compromiso con el otro.

**3. Desarrollar una comprensión teológica del judaísmo que afirme su integridad distintiva**

- Eliminando toda enseñanza en el sentido de que los cristianos han reemplazado a los judíos como pueblo en alianza con Dios.
- Destacando la misión común de los judíos y los cristianos en la preparación del mundo para el reino de Dios o el Tiempo Venidero.
- Estableciendo relaciones de trabajo igualitarias y recíprocas con organizaciones judías religiosas y civiles.

- Tratando de que los movimientos teológicos que surgen en Asia, África y América Latina, y los movimientos feministas, de liberación u otros, integren en sus formulaciones teológicas una comprensión adecuada del judaísmo y de las relaciones cristiano-judías.
- Realizando esfuerzos organizados en contra de la conversión de los judíos.

#### **4. Orar por la paz en Jerusalén**

- Promoviendo la idea de que existe un vínculo inherente entre cristianos y judíos.
- Entendiendo más cabalmente el profundo apego del judaísmo a la Tierra de Israel como una perspectiva religiosa fundamental, y la conexión de muchos judíos con el Estado de Israel como una cuestión de supervivencia física y cultural.
- Reflexionando sobre las maneras en que la comprensión espiritual bíblica de la tierra puede ser mejor incorporada a las perspectivas de fe cristianas.
- Criticando las políticas de las instituciones gubernamentales y sociales israelíes y palestinas cuando esa crítica esté moralmente justificada, reconociendo al mismo tiempo el profundo apego de ambas comunidades a la tierra.
- Criticando los ataques al sionismo, especialmente cuando esos ataques se convierten en expresiones de antisemitismo.
- Uniéndonos con trabajadores por la paz judíos, cristianos y musulmanes, con israelíes y palestinos, para construir la confianza y la paz en un Medio Oriente donde todos puedan vivir seguros, en Estados independientes y viables, enraizados en las leyes internacionales y derechos humanos garantizados.
- Mejorando la seguridad y la prosperidad de las comunidades cristianas tanto en Israel como en Palestina.
- Trabajando por mejores relaciones entre judíos, cristianos y musulmanes en el Medio Oriente y en el resto del mundo.

## Llamamiento a los judíos y a las comunidades judías

Nos comprometemos con las siguientes metas, e invitamos a todos los judíos y a todas las comunidades judías a unirse a nosotros en el esfuerzo permanente por eliminar todos los vestigios de ridiculizaciones y animosidad contra los cristianos, y fortalecer los vínculos con las Iglesias del mundo.

### **5. Reconocer los esfuerzos realizados por muchas comunidades cristianas en los últimos años del siglo XX para reformar sus actitudes hacia los judíos**

- Aprendiendo sobre esas reformas a través de un diálogo más intensivo con los cristianos.
- Analizando las implicaciones de los cambios efectuados por las Iglesias cristianas con respecto a los judíos y su comprensión del judaísmo.
- Enseñando a los judíos de todas las edades sobre dichos cambios, en el contexto de la historia de las relaciones judeo-cristianas, de acuerdo con la etapa apropiada de educación de cada grupo.
- Incluyendo una adecuada información histórica básica sobre el cristianismo en los planes de estudio de escuelas judías, seminarios rabínicos y programas de educación para adultos.
- Estudiando el Nuevo Testamento al mismo tiempo como un texto sagrado del cristianismo y como literatura escrita en gran parte por judíos en un contexto histórico-cultural similar al de la literatura rabínica temprana, ofreciendo así una percepción del desarrollo del judaísmo en los primeros siglos de nuestra era.

### **6. Reexaminar la liturgia y los textos judíos a la luz de esas reformas cristianas**

- Afrontando el problema de los textos judíos que parecen xenófobos o racistas, sabiendo que muchas tradiciones religiosas también tienen textos espirituales y educativos problemáticos. Todas las tradiciones religiosas deberían poner el énfasis en textos que promuevan la tolerancia y la apertura.
- Ubicando los textos problemáticos dentro de su contexto histórico, especialmente los escritos de épocas en que los judíos eran una minoría impotente, perseguida y humillada.
- Considerando la posibilidad de reinterpretar, cambiar u omitir las partes de la liturgia judía que se refieren a otros en formas problemáticas.

## **7. Diferenciar entre una crítica imparcial a Israel y el antisemitismo**

- Interpretando y difundiendo ejemplos bíblicos de crítica justa como expresiones de lealtad y amor.
- Ayudando a los cristianos a entender que la identidad comunitaria y la interconexión son intrínsecas a la autoconciencia judía, además de la fe y la práctica religiosas, y que por eso, para la mayoría de los judíos, es muy importante el compromiso con la supervivencia y la seguridad del Estado de Israel.

## **8. Alentar al Estado de Israel en su trabajo de cumplir con los ideales que figuran en sus documentos fundadores: una tarea que Israel comparte con muchas naciones del mundo.**

- Garantizando iguales derechos para minorías religiosas y étnicas, incluyendo a los cristianos que viven en el Estado judío.
- Alcanzando una solución justa y pacífica para el conflicto palestino-israelí.
- 

### **Llamamiento a las comunidades cristianas y judías, y otras**

Nos comprometemos con las siguientes metas, e invitamos a judíos, cristianos y musulmanes, junto con todas las personas de fe y buena voluntad, a respetar siempre al otro, y a aceptar las diferencias y la dignidad de todos los demás.

## **9. Mejorar la educación interreligiosa e intercultural**

- Combatiendo las imágenes negativas de otros, enseñando la verdad fundacional de que cada ser humano ha sido creado a imagen de Dios.
- Haciendo que la eliminación de los prejuicios contra el otro sea una prioridad fundamental en el proceso educativo.
- Alentando el estudio mutuo de textos religiosos, para que los judíos, los cristianos, los musulmanes y los miembros de otros grupos religiosos puedan aprender de y con el otro.
- Apoyando acciones sociales comunes en la búsqueda de valores comunes.



## **10. Promover la amistad y la cooperación interreligiosas, así como la justicia social en la sociedad global**

- Celebrando la singularidad de cada persona, y promoviendo el bienestar político, económico y social de todos.
- Reconociendo como ciudadanos iguales a miembros de tradiciones religiosas que, al emigrar a otros países, pueden haberse convertido en parte de una minoría religiosa.
- Luchando por iguales derechos para todas las personas, sin diferencias de religión, género u orientación sexual.
- Reconociendo y afrontando el hecho de que los sentimientos de superioridad religiosa — y el consiguiente sentido de que las demás religiones son inferiores—están presentes en todas las tradiciones, incluso en la propia.

## **11. Mejorar el diálogo con organismos políticos y económicos**

- Colaborando todas las veces que sea posible con organismos políticos y económicos para promover el entendimiento interreligioso.
- Aprovechando el creciente interés de grupos políticos y económicos por las relaciones interreligiosas.
- Iniciando conversaciones con organismos políticos y económicos sobre la urgente necesidad de justicia en la comunidad global.

## **12. Conectarse con todos aquellos cuyo trabajo responde a las demandas de la gestión ambiental**

- Fomentando un compromiso con la idea de que todos los seres humanos deben encargarse del cuidado de la Tierra.
- Reconociendo el deber bíblico hacia la creación, compartido por los judíos y los cristianos, y la responsabilidad de plantearlo en el discurso y la acción públicos.

Nosotros —el Consejo Internacional de Cristianos y Judíos y sus organizaciones miembros— nos comprometemos con todos estos desafíos y responsabilidades.

Berlín, Alemania, julio de 2009

En la Conferencia Internacional y la Asamblea General Anual del Consejo Internacional de Cristianos y Judíos.

# Historia de la transformación de una relación

## Introducción

Hace 40 años, toda la humanidad tuvo una primera visión de la Tierra desde la Luna, y obtuvo una nueva perspectiva de la belleza y la fragilidad de nuestro planeta. Más allá de nuestras diferencias, esas fotografías desde la vastedad del espacio nos mostraron nuestro hogar común. Las cuestiones sobre la manera en que nos preocupamos los unos por los otros, y por nuestro mundo, cobraron una nueva urgencia.

A muchos judíos y cristianos, esa visión de nuestro planeta les recordó el grito del salmista: “¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes?” (Salmo 8, 5). La antigua poesía de los salmos y la tecnología que nos llevó a la Luna, hicieron que nos detuviéramos a pensar sobre nuestra vocación humana.

La reflexión nos hace ver las cicatrices que muestra nuestro planeta, incluyendo las consecuencias de las guerras, las desigualdades en la distribución de la riqueza y en la satisfacción de las necesidades de la vida, y el agotamiento de los recursos naturales. Somos conscientes de que la violencia destruye la estructura de la humanidad e intensifica el miedo.

Debemos confesar que la religión ha estado involucrada en esa violencia. A través de los siglos, hombres y mujeres han usado la religión para motivar y justificar difamaciones y persecuciones a personas de creencias distintas a las propias. La violencia en el nombre de la religión provocó derramamiento de sangre y pervirtió a la propia religión. Siempre que la religión se hace cómplice de la violencia, debe ser cuestionada. Cuando las religiones promueven el servicio hacia los otros y el respeto por quienes son diferentes, son poderosas fuerzas para el bien. Inspiran el interés por los demás y el afecto. Nos invitan a aspirar a un tiempo en el que las personas “forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas podaderas; no levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra” (Isaías 2, 4).

La relación entre cristianos y judíos es como una espada convertida en azadón. Durante mucho tiempo, la historia de estos dos pueblos estuvo marcada por la rivalidad y el conflicto. Siglos de desvalorización cristiana del judaísmo y abuso de poder contribuyeron al antisemitismo, y proporcionaron un terreno fértil para el ataque genocida nazi contra los judíos. Confrontados por el horror de esa oscuridad, los judíos y los cristianos se encontraron en el diálogo, buscando la luz del entendimiento mutuo y la amistad.

El diálogo actual continúa el trabajo iniciado en Seelisberg, Suiza, en 1947. Allí, un grupo de 65 judíos y cristianos de todo el mundo llamaron a las Iglesias cristianas a reflexionar y a reformular su manera de entender el judaísmo y sus vínculos con los judíos. Su llamamiento se conoció como los Diez Puntos de Seelisberg.

Nosotros, los miembros del Consejo Internacional de Cristianos y Judíos, nos hemos reunido más de seis décadas después de la conferencia de Seelisberg, imbuidos del espíritu de su trabajo. Somos conscientes de que los genocidios siguen asolando a la humanidad, y el odio al otro sigue exacerbando la violencia. Sin embargo, la reparación de la relación entre cristianos y judíos a

través de los años, a partir de Seelisberg, muestra que la enemistad y la hostilidad pueden ser transformadas. Esta declaración fue escrita en colaboración por judíos y cristianos, y está dirigida a las comunidades judías y cristianas, y a todas las personas de buena voluntad. Surgió de nuestra convicción de que cuando las personas de fe se comprometen a llevar a cabo un trabajo de reconciliación, nuestro planeta se vuelve más pacífico. Esta declaración nace de ese convencimiento y de esa esperanza.

## A. Las vidas entrelazadas de judíos y cristianos a través de los siglos

### 1. Una relación ambivalente

Entre las religiones del mundo, el cristianismo y el judaísmo tienen un vínculo singular. Tanto los judíos como los cristianos consideran los textos del Israel bíblico como escritura sagrada, aunque organizan e interpretan esos textos de maneras diferentes. Los cristianos y los judíos comparten muchos principios religiosos y éticos, aunque entienden en formas distintas algunos términos comunes. Tanto los judíos como los cristianos prevén un destino similar para el mundo en una era mesiánica, aunque imaginan el advenimiento de esa era de maneras diferentes. Los cristianos y los judíos estuvieron conectados, para bien o para mal, durante muchos siglos, y a veces se influyeron mutuamente en sus ideas y prácticas religiosas a lo largo del camino. Todas estas fuerzas produjeron una relación ambivalente, que dio forma a sus interacciones.

Ambas tradiciones también están vinculadas porque Jesús nació, vivió y murió como judío. Los primeros cristianos fueron judíos, y varios siglos (más que décadas) después de la muerte de Jesús, el cristianismo y el judaísmo se separaron, en un proceso que se desarrolló de distinta manera según los lugares. La destrucción de Jerusalén y de su Templo por parte de los romanos en el año 70, y las persecuciones a los cristianos, son algunos de los factores que llevaron a los autores de los Evangelios y a sus primeros intérpretes a minimizar el papel desempeñado por el gobernador romano en la ejecución de Jesús. También trataron de explicar por qué muchos judíos no aceptaban las afirmaciones cristianas sobre Jesús. El resultado de esto fue, a menudo, la invectiva. Los cristianos llegaron a considerar a los judíos como un pueblo de una Alianza obsoleta, reemplazado por el nuevo pueblo de Dios de la Iglesia cristiana. Los autores cristianos consideraron cada vez más a la Iglesia cristiana como el nuevo y verdadero Israel (*verus Israel*). Esto es lo que se llamó “teología de la sustitución”. Sin embargo, durante varios siglos, muchos cristianos gentiles siguieron sintiéndose atraídos por las sinagogas, y eran recibidos con agrado en los servicios, incluso en Pésaj.

Algunas autoridades cristianas, como Juan Crisóstomo (c. 350–407), para contrarrestar la atracción ejercida por la sinagoga, pronunciaron sermones cáusticos contra los judíos y el judaísmo, creando un género literario llamado *adversus Judaeos*. Sostenían que los judíos no entendían el Antiguo Testamento, y que el judaísmo de los rabinos estaba basado en el error. Agustín de Hipona (354–430) describió a los judíos como hijos de Caín, que sufrían la dispersión y la degradación como castigos de Dios. Los judíos, decía, servían como testigos de la verdad cristiana, y no debían ser dañados. Este enfoque teológico básico mantuvo su influencia durante mil años más.

Cuando el cristianismo se instituyó como religión oficial del Imperio Romano, hacia fines del

siglo IV, la situación de los judíos se volvió más difícil. Los códigos jurídicos romanos, como el Código de Justiniano, empezaron a erosionar los derechos legales de los judíos. Esa erosión avanzó en forma gradual durante los siguientes cuatro siglos, al mismo tiempo que la Roma cristianizada hacía también denodados esfuerzos para derrotar a los paganos y a los que eran considerados herejes.

Hacia el siglo VI, el judaísmo y el cristianismo ya estaban completamente separados, y las formas judías de cristianismo dejaron de existir. Sin embargo, a través de los siglos, los cristianos y los judíos habían estado entrelazados en su veneración de las mismas Escrituras. En general, lo que los cristianos llaman Antiguo Testamento, y los judíos llaman Tanaj, es una misma cosa, aunque el contenido, la estructura y los métodos para interpretarlos, difieren. De ahí el dicho “los judíos y los cristianos están divididos por una Biblia común”. Los judíos y los cristianos también están divididos por varias convicciones teológicas, especialmente las afirmaciones cristianas sobre la divinidad de Jesús.

Como constituían un grupo minoritario, tanto en el mundo islámico como en la Cristiandad, los judíos reflexionaron sobre las posibles razones para que esas dos tradiciones prosperaran. Una de las posiciones sostenía que el cristianismo era una forma de idolatría. Otra categorizaba al cristianismo según las leyes noájidas, que definen las reglas morales para los gentiles, sin exigir la conversión al judaísmo. Un tercer punto de vista, propagado por Judah ha-Levi (1075–1141) y Maimónides (1135–1204), afirmaba que el cristianismo había introducido a las naciones a la adoración del Dios de Israel, preparando así el camino a la redención. El argumento positivo de Menahem ha-Meiri (1249–1316) era que el cristianismo debía entenderse como una forma de monoteísmo. Él acuñó la expresión “naciones ligadas por los caminos” para interpretar determinadas leyes rabínicas, y hacer posible una interacción más fructífera entre judíos y cristianos.

El período medieval posterior, aproximadamente después del año 1000, estuvo caracterizado por expulsiones generalizadas y actividades antijudías en Europa occidental, y provocó la declinación social o la devastación de comunidades judías. A medida que la Cristiandad occidental se volvía más homogénea, los judíos empezaban a ser considerados como uno de los últimos grupos “diferentes”. Especialmente durante la primera Cruzada (1096), la violencia callejera inspirada por la predicación cristiana exterminó centenares de comunidades judías. Con el correr del tiempo, y a pesar de los esfuerzos de algunos papas, los judíos fueron acusados de crímenes rituales contra niños cristianos, de profanar hostias y de provocar la Peste Negra. Se los demonizaba como “hijos del diablo”. Estas acusaciones provocaron expulsiones masivas y ejecuciones. Por orden del papa Gregorio IX, y con la cooperación de la Inquisición, se quemaron miles de libros judíos (París, 1242). Las autoridades cristianas pronunciaban homilías de conversión, que los judíos eran obligados a escuchar, y les imponían disputas públicas (como en París, en 1240, y en Barcelona, en 1263). El IV Concilio de Letrán (1215) decretó que los judíos debían usar una insignia identificatoria. Hacia el siglo XVI, los judíos habían sido expulsados de la mayor parte de Europa occidental, con la notable excepción de Roma. Desde 1555, en algunas ciudades, entre ellas, Roma, Venecia y Praga, los judíos fueron confinados en ghettos. Sus viajes estaban severamente restringidos, y de noche, los judíos solían encerrarse en sus ghettos.

En esta hostilidad, había algunas excepciones. La Convivencia describe la relativamente fácil “coexistencia” de judíos, cristianos y musulmanes en la España y el Portugal medievales hasta el siglo XIII. En el norte de Europa, los judíos y los cristianos convivían generalmente en forma pacífica y productiva. Las descripciones totalmente negativas de la vida judía en la Europa cristiana en este período, suelen pasar por alto la persistencia y la extensión de las comunidades judías que allí existían.

La Reforma del siglo XVI produjo actitudes más positivas hacia los judíos por parte de los cristianos. La tradición humanista destacó las cualidades permanentes de la enseñanza religiosa judía. Aunque las guerras religiosas entre católicos y protestantes también provocaron una violencia antijudía, en parte inspirada en el tratado de Lutero Sobre los judíos y sus mentiras (1543), también existieron pequeños movimientos reformistas cristianos filosemitas. Las Iglesias anabaptistas y calvinistas, por ejemplo, veían en forma favorable la adhesión de los judíos a las enseñanzas del Antiguo Testamento, aunque decían que los judíos no las entendían plenamente.

Este interés por el Antiguo Testamento cristiano ayudó a promover la tolerancia hacia los judíos en los Países Bajos, y más tarde, en algunas de las colonias americanas.

En la época de la Revolución norteamericana, la proliferación de grupos religiosos, el creciente anhelo de separar la Iglesia y el Estado, y el énfasis puesto por la Ilustración en los derechos del individuo, contribuyeron a crear un clima más hospitalario para los judíos. Aunque la teología de la sustitución fue llevada al Nuevo Mundo por los colonos y los misioneros cristianos, su impacto social fue restringido en las regiones que defendían los derechos humanos básicos.

También hay que señalar que en el siglo XVI, un pequeño movimiento protestante milenarista inglés sostenía que la restauración judía en la tierra de Israel era un elemento esencial para la Segunda Venida. Esta idea se propagó en la Europa continental, y, en el siglo XVIII, en Estados Unidos.

## **2. El siglo anterior a Seelisberg**

En el siglo XIX, el discurso entre judíos y cristianos se volvió más positivo. Los judíos de Europa central y occidental fueron autorizados a salir de los ghettos, y comenzaron a integrarse a la sociedad europea predominante. Pero el deseo de asimilarse también llevó a algunos judíos a ocultar o abandonar su tradición. Algunos cristianos, impulsados por un afán misionero, empezaron a mostrar un mayor interés por las creencias y las prácticas del pueblo judío. La aspiración de recuperar al Jesús histórico llevó a algunos estudiosos a interesarse más por el judaísmo del primer siglo, aunque solían señalar diferencias entre Jesús y sus supuestamente corrompidos contemporáneos judíos. En esa época, los cristianos y los judíos se sentían motivados para comunicarse por razones diferentes. Los judíos querían mejorar su posición en la sociedad, y se interesaban por los derechos civiles. Los líderes cristianos buscaban convertir a los judíos, o facilitar la asimilación del judaísmo en el cristianismo.

El antisemitismo, entendido cada vez más según categorías racistas, comenzaba a ser aceptado como un hecho habitual de la vida en la sociedad. La rápida condena por espionaje a un leal oficial militar francés judío, Alfred Dreyfus, sobre la base de una prueba sumamente sospechosa, provocó una conmoción pública. Los pogroms y las persecuciones patrocinadas por el Estado, en Rusia y Europa del Este, causaron emigraciones masivas hacia Europa occidental y Estados

Unidos. Esta clase de hechos proyectaron una oscura sombra sobre los judíos de Europa. Algunos políticos también empezaron a explotar, para su propio beneficio, ciertas afirmaciones pseudocientíficas sobre la superioridad racial aria y la inferioridad judía.

Sin embargo, hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX, algunos estudiosos judíos y cristianos empezaron a manifestar un serio interés por la otra religión. Sus escritos marcaron el surgimiento de otro momento de actitudes positivas entre miembros de las dos tradiciones religiosas.

Abraham Geiger (1810–1874), un importante rabino alemán reformista, fue uno de los primeros estudiosos judíos en ubicar a Jesús en el contexto del judaísmo del primer siglo. Herman Cohen (1842–1918), filósofo alemán y profesor en Marburgo, empezó a escribir extensas críticas sobre el cristianismo. Franz Rosenzweig (1886–1929) propuso una doctrina de dos Alianzas. Martin Buber (1875–1965) aceptaba al cristianismo como una vía hacia Dios, y confiaba en que los cristianos tuvieran la misma perspectiva sobre el judaísmo. Claude Montefiore (1858–1938), erudito y líder liberal anglo-judío, escribió un estudio positivo sobre los Evangelios. Joseph Klausner (1874–1958) analizó a Jesús y a Pablo en el contexto del mesianismo judío.

Léon Bloy (1846–1917), Joseph Bonsirven (1880–1958), Herbert Danby (1889–1953), Robert Travers Herford (1860–1950), Charles Journet (1891–1975), y Jacques Maritain (1882–1973) estuvieron entre los primeros académicos cristianos que escribieron extensamente sobre el Talmud, el Midrash y la Mishnah, y bregaron por enfoques teológicos positivos del judaísmo y el pueblo judío. Sus escritos exhortaban a los cristianos a valorar al judaísmo rabínico y a desterrar las caricaturas de los fariseos. George Foot Moore (1851–1931) publicó un trabajo de tres tomos, *Judaism in the First Centuries of the Christian Era*. James Parkes, un pastor anglicano que trabajó en Europa Central en los años 1930, fue uno de los primeros cristianos que alertó sobre los peligros del nazismo. En *The Conflict of Church and Synagogue: A Study of the Origins of Antisemitism*, culpaba a los siglos de enseñanza cristiana antijudía por el antisemitismo contemporáneo.

Los primeros años del siglo XX marcaron el comienzo del diálogo académico. En 1893, se reunió en Chicago un Parlamento de las Religiones del Mundo. Desde su inicio en 1904, la London Society for the Study of Religions tuvo algunos miembros judíos, entre ellos, Claude Montefiore. Y en 1927, se formó la London Society of Jews and Christians. En 1936, se estableció el World Congress of Faiths, con miembros de todas las religiones.

Algunos judíos y cristianos se unían también por cuestiones prácticas. En la carrera presidencial de Estados Unidos de 1924, Alfred E. Smith, un católico que buscó sin éxito la nominación demócrata, fue injuriado por el Ku Klux Klan, cuyos miembros eran también antisemitas. El lema de esta organización, “América para los americanos”, significaba una amenaza para todas las minorías. Para contrarrestar su influencia, el Consejo Federal de Iglesias de Cristo, de Estados Unidos, y la B’nai B’rith instituyeron un Comité de Buena Voluntad, formado por judíos y cristianos. Cuatro años más tarde, cuando se nominó a Smith como candidato presidencial demócrata, la Iglesia Católica se unió a los protestantes y los judíos para establecer la Conferencia Nacional de Cristianos y Judíos, que patrocinó una Semana de la Fraternidad anual desde la década de 1940 hasta la de 1980.

A mediados de la década de 1930, comenzaron a llegar refugiados de la Alemania nazi a Gran Bretaña, donde las organizaciones judías encontraban cada vez más dificultades para ocuparse de la gran cantidad de inmigrantes. En 1936, se creó un Comité de Ayuda Mutua, con representantes de muchas agencias judías y cristianas de asistencia social.

A pesar de numerosos fracasos para ayudar a los refugiados, en 1938, después del ataque general a sinagogas y propiedades judías en la llamada Kristallnacht, “la Noche de los Cristales”, se constituyó un Movimiento para Niños Refugiados, con el fin de encontrar hogares adecuados para niños judíos que habían sido enviados por sus padres a Inglaterra y Escocia.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, mucha gente no tomó conciencia de la amenaza que representaban los nazis, y algunos líderes cristianos los apoyaron. Otros líderes cristianos empezaron a denunciar el antisemitismo nazi, reconociendo al mismo tiempo la necesidad general de mejorar las relaciones entre cristianos y judíos. William Temple, arzobispo de Canterbury, convocó a una reunión en marzo de 1942, cuyo resultado fue la formación del Consejo de Cristianos y Judíos. Uno de los objetivos de la organización era combatir todas las formas de intolerancia racial y religiosa, y se puso un especial énfasis en afirmar los valores morales compartidos por judíos y cristianos, y en el trabajo educativo, especialmente entre los jóvenes. William W. Simpson, un ministro metodista que había intervenido en la asistencia a los refugiados, fue nombrado secretario. Ocupó ese cargo hasta 1974.

### **3. La Conferencia de Seelisberg y los comienzos del ICCJ**

Al final de la Segunda Guerra Mundial, la magnitud de la Shoah –el asesinato de dos tercios de los judíos de Europa y un tercio de la comunidad judía mundial– empezó a conocerse en todo el mundo. Los judíos y los cristianos comenzaron a analizar en qué forma la enseñanza tradicional cristiana podía haber favorecido –e incluso aumentado– el genocidio industrial del Tercer Reich. Jules Isaac fue más allá en este análisis cuando en *Jésus et Israel* (1948), destacó la interrelación entre el antijudaísmo de la teología cristiana y el antisemitismo racial biológico. El título de su segundo ensayo, *L’enseignement du mépris* (1962), definió justamente lo que debía ser identificado y extirpado de la teología cristiana: la enseñanza del desprecio.

Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, William Simpson y otros reconocieron que se debía construir una nueva relación entre judíos y cristianos a nivel internacional. En 1946, se llevó a cabo una conferencia en Oxford. Los pastores cristianos Heinrich Grüber, de Berlín, y Herman Mass, de Heidelberg, recibieron un permiso especial para asistir. Uno de los oradores fue el rabino Leo Baeck, líder de la comunidad judía alemana durante el Tercer Reich, sobreviviente de Theresienstadt, que había emigrado a Londres después de la guerra. Los participantes de la conferencia decidieron que se debía realizar cuanto antes una reunión de emergencia sobre el problema del antisemitismo en Europa. Ese encuentro tuvo lugar en la aldea suiza de Seelisberg, en 1947.

En la historia del diálogo judeo-cristiano, la conferencia de Seelisberg se conoce sobre todo por sus Diez Puntos, dirigidos específicamente “a las Iglesias”. Los primeros cuatro puntos destacaban el enraizamiento profundo y fundamental del cristianismo en el judaísmo. Los seis siguientes sostenían que la enseñanza cristiana tenía que dejar de presentar al judaísmo en forma negativa. Este desafío sentó una de las bases para las futuras investigaciones sobre las complejas relaciones entre ambas tradiciones religiosas.



Aunque en esa época, muchos cristianos consideraron que los Diez Puntos constituían una declaración muy audaz, hoy es cada vez más evidente, tanto para los judíos como para los cristianos, que ese documento requiere una actualización y nuevas perspectivas. Por ejemplo, el documento de Seelisberg no se refiere a la importancia de la teología de Alianza. No habla del pluralismo religioso ni del Estado de Israel, temas críticamente relevantes que son tratados en el diálogo interreligioso contemporáneo. Los Diez Puntos sólo estaban dirigidos a los cristianos. Hoy, después de seis décadas de un amplio diálogo, es apropiado que un nuevo texto se dirija tanto a los cristianos como a los judíos. Además, la introducción a los Diez Puntos muestra la influencia de la terminología de la época del Tercer Reich, por ejemplo, en el uso de la expresión “un problema judío”, como si el antisemitismo no fuera en primer lugar un “problema gentil”.

Si bien los Diez Puntos de Seelisberg han contribuido al mejoramiento de las relaciones judeo-cristianas de diversas maneras durante décadas, ya es tiempo de refinar la declaración para refutar la teología antijudía y el antisemitismo de hoy, y de que judíos y cristianos juntos aborden también otras necesidades humanas.

La Conferencia de Emergencia sobre Antisemitismo realizada en Seelisberg en 1947 también convocaba a formar un Consejo Internacional de Cristianos y Judíos “sin demora”. Al año siguiente, en Friburgo, Suiza, se adoptó una constitución para la flamante organización, se abrió una oficina en Ginebra, y se fijó una sede en Londres.

Esta fase inicial de la existencia del ICCJ duró poco tiempo. Después de la reunión de Friburgo, la organización miembro de Estados Unidos –la National Conference of Christians and Jews (NCCJ)– llegó a la conclusión de que un Consejo Internacional de Cristianos y Judíos tendría una agenda demasiado limitada y demasiado religiosa para combatir con eficacia el antisemitismo y otras formas de prejuicios entre grupos. Estableció el proyecto de una Fraternidad Mundial, mientras los grupos europeos de diálogo cristiano-judío seguían concentrándose en particular en mejorar las relaciones entre judíos y cristianos. Se cerró la oficina del ICCJ de Ginebra, aunque la sede de Londres siguió funcionando.

En los primeros años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, se publicó una gran cantidad de importantes declaraciones y documentos. En su primera asamblea, realizada en Amsterdam en 1948, el Consejo Mundial de Iglesias declaró que el antisemitismo, “sea cual fuere su origen, [es] ... absolutamente inconciliable con la profesión y la práctica de la fe cristianas. ... Es un pecado contra Dios y el hombre”. Aunque la declaración era enérgica y certera, no analizaba de qué manera las enseñanzas y las acciones cristianas antijudías había originado y alimentado el antisemitismo: un tópico de particular interés para el embrionario ICCJ.

Surgió otro desafío cuando, en 1950, una directiva vaticana que acusó al ICCJ de “indiferentismo”, presuntamente por otorgar el mismo estatus a todas las religiones, impidió que los católicos cooperaran con el ICCJ. Esta limitación cambió completamente cuando la Iglesia Católica tomó una actitud más positiva hacia las demás religiones durante el Concilio Vaticano II (1962–1965).

De todos modos, cada vez más grupos europeos de diálogo judeo-cristiano cooperaron en la formación de un “Comité Informal de Enlace” hacia mediados de los años 1950, y en 1962, se

estableció un “Comité Consultivo Internacional”, supervisado por William Simpson. Luego, la NCCJ ingresó a esta organización consultiva, y su representante propuso, en una reunión realizada, en 1974, en Basilea, Suiza, que se cambiara el nombre del Comité por el de “Consejo Internacional de Cristianos y Judíos”. De este modo, 26 años después de su primer establecimiento en la conferencia de Friburgo de 1948, nació finalmente, con esta denominación, el ICCJ.

## B. Seis décadas de crecimiento

### 1. Avances en el ámbito de los estudios bíblicos

Los académicos dedicados al estudio histórico-crítico del Antiguo Testamento cristiano hicieron grandes progresos durante el siglo XIX: se analizaron los textos bíblicos dentro del contexto de los escritos contemporáneos, se desarrolló la investigación filológica, y se mostró un gran interés en reconstruir la historia del antiguo Israel.

Sin embargo, algunos académicos influyentes, como Julius Wellhausen (1844–1918), expresaron la enseñanza cristiana del desprecio contra los judíos, al afirmar que ciertos pasajes del Antiguo Testamento podían ser fechados según el grado de “genuina espiritualidad” que reflejaran. Wellhausen y otros sostenían que los textos que ellos consideraban estrechos de miras y rígidos, demostraban una declinación de la elevada espiritualidad de los profetas hebreos hacia un legalismo estéril, que supuestamente predominaba en el judaísmo posterior al exilio babilónico. El mensaje tácito –que más tarde hicieron explícito algunos estudiosos cristianos– era que el movimiento de

Jesús fue una reforma religiosa que retornaba a sus auténticas fuentes hebreas, y las interpretaba en su sentido original, anterior a su distorsión por parte del judaísmo legalista. Esta caracterización para describir la fe y la vida judías de la época de Jesús fue llamada técnicamente Spätjudentum (“judaísmo tardío”), una expresión supuestamente neutral, pero que estaba lejos de serlo.

Si, según este constructo, el judaísmo postexílico o del Segundo Templo puede describirse como una decadencia religiosa marcada por una espiritualidad vacía, y si el judaísmo del tiempo de Jesús puede llamarse “tardío”, eso significaría que el judaísmo espiritualmente legítimo debería haber desaparecido, y que el judaísmo de hoy no tendría ninguna razón de existir. La investigación bíblica posterior a la Segunda Guerra Mundial ha puesto en tela de juicio estos argumentos autojustificadores.

Gracias al descubrimiento de ciertos textos –por ejemplo, los Rollos del Mar Muerto en Qumram, y la Biblioteca de Nag Hammadi–, los biblistas pudieron ver que existía una gran variedad en el judaísmo y en el cristianismo en los primeros siglos de la Era Común. Los estudiosos que investigaron al Jesús y al Pablo históricos, llegaron a la conclusión de que sus programas y métodos se habían basado a veces en preconceptos infundados. Aunque generaciones anteriores de estudiosos describían a Jesús y a Pablo como si estuvieran en un permanente conflicto con sus contemporáneos, hoy cada vez más especialistas señalan el hecho histórico de que los debates de Jesús y de Pablo con sus contemporáneos judíos reflejan su firme arraigo en el judaísmo y su permanente identificación con él. El académico neotestamentario Lloyd Gaston ha dicho que en una investigación crítica, todo lo que muestre a Jesús como un

judío del primer siglo, debe preferirse a cualquier cosa que lo haga sonar como un cristiano del siglo XX.

El ejemplo más notorio de reevaluación académica es el del papel desempeñado por la Ley en el Nuevo Testamento. Los estudiosos solían decir que la Ley había sido “abolida”, “anulada” o “sustituida”. La investigación contemporánea evita en general esas presentaciones anacrónicas y antinómicas del cristianismo primitivo. Jesús no es presentado como un maestro que impugnaba la Ley, sino como alguien que basaba sus enseñanzas en la Torah (el Pentateuco), Neviim (los Profetas) y Ketuvim (los Escritos). Textos como Mateo 5, 17: “No piensen que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento”, tienen un mayor peso en los estudios actuales.

La investigación contemporánea describe cada vez más al Pablo histórico, en primer lugar, como “apóstol de los gentiles” (cf. Rm 11,13; Gal 2,8). Su misión no era condenar el culto judío de la Torah, sino invitar a los gentiles a una relación de Alianza con el Dios de Israel. La fuerza motivadora de su teología es la inclusión, y no la exclusión. Puede decirse que su punto de vista apostólico está presentado con la mayor claridad en Romanos 15, 8 ss.: “Cristo se puso al servicio de los circuncisos a favor de la veracidad de Dios, para dar cumplimiento a las promesas hechas a los patriarcas, y para que los gentiles glorificasen a Dios por su misericordia”.

Uno de los temas permanentes que enfrentan los biblistas es “el cargo de deicidio”, la acusación de que los judíos, en forma colectiva o individual, son culpables de matar a Dios (como se sugiere, por ejemplo en 1 Ts 2,14–16; Mt 27,25; Jn 19,13–16; Hch 3,14–15). Dado que esta acusación provocó a lo largo de la historia la antipatía cristiana hacia los judíos, los textos relevantes del Nuevo Testamento que relatan el “proceso” que terminó con la ejecución de Jesús, tienen una enorme importancia. Muchos investigadores se resisten a usar la palabra “proceso” para describir esos pasajes, porque hay demasiadas dudas sobre su veracidad histórica.

Un consenso sustancial entre los investigadores coincide con Krister Stendahl en que “...a medida que el relato crecía y se desarrollaba, la carga de la culpa por la crucifixión de Jesús se fue trasladando de Pilatos a los sumos sacerdotes, de los sumos sacerdotes a los fariseos, y luego a ‘los judíos’.” La investigación histórica sobre la muerte de Jesús destaca ciertos hechos a menudo olvidados, como la reputación de Poncio Pilatos. El escritor Filón menciona “los sobornos, los insultos, los robos, las ofensas y las heridas gratuitas, las repetidas ejecuciones sin juicio previo, la crueldad incesante y sumamente dolorosa”. Además, las autoridades del Templo habían sido cooptadas por los romanos, y Caifás sólo podía ejercer como sumo sacerdote con el consentimiento de Pilatos. La crucifixión era usada por los romanos para los crímenes contra el Estado, y Jesús fue crucificado por su pretensión de ser el “rey de los judíos”. Sólo una minúscula fracción del pueblo judío pudo haber oído hablar de Jesús en el momento de su muerte. Y lo más importante: Jesús parece haber sido popular entre la gente común (cf. Lc 20,19). Tanto a Caifás como a Pilatos les interesaba mantener la paz en la imprevisible festividad de la Pascua judía, y Jesús, que proclamaba la llegada de un “Reino de Dios”, era percibido como una amenaza contra el orden y la estabilidad.

Toda propensión cristiana a acusar al pueblo judío por la muerte de Jesús carece de verosimilitud histórica. Además, teológicamente este enfoque no tiene ningún sentido.

Desde un punto de vista cristiano, todos son culpables de la muerte de Jesús. S. Mark Heim dijo:

“En el momento en que apuntamos nuestro dedo acusador contra determinados ‘ellos’ como asesinos de Jesús, estamos representando el pecado que precisamente la particularidad de la cruz quiso vencer”.

Trágicamente, la práctica de interpretar los textos del Nuevo Testamento para demostrar que los judíos estaban maldecidos por Dios y debían ser menospreciados en la sociedad cristiana, se volvió habitual en la Cristiandad europea. Hoy está muy claro que los cristianos tienen una responsabilidad especial en interpretar con el mayor cuidado aquellos pasajes del Nuevo Testamento que han provocado desprecio y hostilidad hacia el judaísmo.

## **2. El impacto de la Shoah**

Toda consideración sobre el Holocausto debe incluir la frase de Elie Wiesel: “Olvidar a las víctimas es volver a matarlas”. Preservar la memoria de los que perecieron bajo el nazismo debe ser una obligación primordial tanto para los judíos como para los cristianos.

La Shoah abre la puerta para una poderosa reflexión sobre una cantidad de temas centrales que constituyen un desafío para la sociedad global. Para las personas de fe, entender de qué manera se relaciona Dios con el bienestar de la humanidad surge como una cuestión central. Si pensamos que Dios es omnipotente y está profundamente involucrado con la humanidad, la Shoah puede darnos la imagen de un Dios indiferente, que no usó su poder divino para salvar a aquellos con quienes tenía una relación de Alianza. En otro sentido, marginar la influencia de Dios en la sociedad humana deja un vacío que puede ser llenado fácilmente con una ideología catastrófica. De modo que el desafío consiste en refinar la relación entre Dios y la comunidad humana en una forma tal que los considere socios de una Alianza, corresponsables por el futuro de toda la creación.

La reflexión sobre la Shoah incentiva el esfuerzo de colocar los derechos humanos y la dignidad humana en el núcleo de la fe religiosa. Que fueran necesarios los asesinatos masivos de los nazis para comenzar a establecer alianzas internacionales en defensa de los derechos humanos y contra el genocidio, es algo sumamente trágico. Las comunidades de fe deben reconocer que su existencia nunca puede basarse en formas que descuiden o subestimen la dignidad humana y los derechos de otros.

La Shoah imprime en las personas de todas las religiones una responsabilidad para luchar contra la intolerancia y la violencia religiosas. Aunque el antisemitismo cristiano clásico no fue la única causa del Holocausto, contribuyó a su implementación y debilitó la oposición cristiana. Ninguna tradición religiosa puede asumir un liderazgo moral si antes no se libera de todas las tendencias violentas, incluyendo el lenguaje y las imágenes de odio y degradación, hacia aquellos que están fuera de su comunidad de fe. Esto representa un desafío especial para la educación y la predicación religiosas.

La Shoah muestra la importancia de construir la solidaridad más allá de los límites raciales, étnicos y religiosos en tiempos de relativa paz social. Si esos lazos no están firmes cuando surgen crisis sociales, será difícil o imposible construirlos en un plazo breve bajo presión.

El estudio de los salvadores durante la Shoah demuestra que se debe implantar la educación

moral en una edad temprana, sobre todo en el seno de la familia. La preocupación por el otro debe constituir una respuesta profundamente arraigada y natural.

### **3. Cambios en las instituciones y en sus enseñanzas**

En las seis décadas transcurridas desde Seelisberg, muchas Iglesias cristianas emitieron declaraciones, con diversos grados de autoridad, sobre los judíos y el judaísmo, y sobre las relaciones judeo-cristianas. Estos son los resultados de los exámenes de conciencia generados por la Shoah, y por una cantidad sin precedentes de diálogos serios entre judíos y cristianos. Algunas declaraciones se refieren a temas históricos, en particular, la Shoah, y otros tratan temas bíblicos o teológicos. Las Iglesias con estructuras de autoridad centralizada son las que han producido una mayor cantidad de documentos, cuyo objetivo es cambiar la educación y la práctica, mientras que las Iglesias organizadas en forma más congregacional han redactado en general textos para el estudio y la discusión. En todos los casos, es un desafío internalizar nuevas perspectivas y actitudes en cada comunidad religiosa.

En la Iglesia Católica y las Iglesias reformadas tradicionales de Occidente, se han expresado con frecuencia las siguientes ideas. En general, las Iglesias cristianas orientales sólo ahora están comenzando a asumir las implicaciones más completas de establecer relaciones positivas con los judíos.

- Los judíos permanecen en una relación de Alianza con Dios. La “nueva Alianza” de las Iglesias cristianas no da por terminada la Alianza de Israel con Dios, vivida a través de la Torah.
  - La denigración del judaísmo y todas las formas de antisemitismo son pecados contra Dios.
  - A lo largo de los siglos, la predicación y la enseñanza cristianas han contribuido al antisemitismo. Algunos textos del Nuevo Testamento fueron habitualmente malinterpretados o tomados fuera de contexto, y usados para promover la hostilidad.
- No se puede inferir ninguna maldición divina contra los judíos sobre la base del Nuevo Testamento.
- Existe una relación permanente divinamente querida entre el judaísmo y el cristianismo, una relación única entre las religiones del mundo. El judaísmo tiene su propio objetivo distintivo en el plan divino, que va más allá de ser una preparación para el cristianismo.
  - Jesús fue y siempre siguió siendo judío, un hijo de Israel. No se oponía a la Torah ni al judaísmo de su tiempo.
  - Los cristianos deben aprender a entender y afirmar la autocomprensión judía de su propia experiencia religiosa. Esto incluye el respeto por el apego de los judíos a Eretz Israel, la tierra de Israel.
  - Los cristianos pueden aprender más sobre el Único Dios, y sobre su propia relación con Dios, así como sobre cristianismo, de las tradiciones del judaísmo a través de los siglos, y de la fe viva de los judíos contemporáneos.
  - Las Sagradas Escrituras hebreas (Tanaj) tienen un valor espiritual como textos revelatorios, independientemente de sus posteriores relecturas cristianas a través de la lente de la fe en Cristo.
  - Las interpretaciones cristianas de la relación entre el “Antiguo Testamento” y el “Nuevo Testamento” en términos de promesa y cumplimiento, deben ser entendidas en el sentido de que aún se espera el total cumplimiento de los designios de Dios en el Reino Venidero.
  - Tanto los judíos como los cristianos tienen el deber de Alianza de prepararse para la Edad Venidera o Reino de Dios, promoviendo la justicia, la paz y la integridad de toda la creación.

Estas convicciones representan un auténtico cambio, y en algunos casos, una total inversión, de actitudes que prevalecieron entre los cristianos durante casi dos milenios. Plantean profundos desafíos teológicos para la autocomprensión cristiana.

Para los judíos, estas nuevas enseñanzas cristianas también representan un desafío. En la medida en que la autocomprensión judía ha sido influenciada por el cristianismo, las significativas reformas en las actitudes cristianas inevitablemente afectan también al pensamiento judío. Esto incluye el desarrollo de un punto de vista religioso judío positivo sobre el cristianismo como una fe legítima, no idolátrica.

No llama la atención que algunos miembros de ambas comunidades prefieran eludir o marginar el diálogo. Suponen quizá que las cuestiones centrales de identidad que surgen de un diálogo cristiano-judío sustantivo pueden amenazar o disminuir las convicciones anteriores. Pero el ICCJ cree que el diálogo entre judíos y cristianos debe intensificarse con la confianza y el respeto mutuos que fortalecen a sus participantes en sus respectivas identidades y prácticas religiosas.

#### **4. Lecciones aprendidas en décadas de diálogo**

A partir de la conferencia de Seelisberg, el encuentro cada vez más profundo entre judíos y cristianos ha demostrado que una relación sostenida puede producir un cambio real. Hemos progresado desde las primeras conversaciones tentativas, en las que, en primer lugar, debíamos dejar de lado nuestros preconceptos y aprender sobre el “otro” a través de su propia autocomprensión. Nos encontramos ahora en un punto en el cual la empatía y la autocrítica honesta posibilitan discusiones abiertas de diferencias fundamentales, y un tratamiento sincero de los desacuerdos y conflictos que inevitablemente surgen. El estudio crítico de la religión y de la historia proporcionó una comprensión mucho más clara y compartida de la complejidad de los temas históricos, escriturísticos y teológicos que al mismo tiempo unen y dividen a cristianos y judíos. Entendemos que las relaciones judeo-cristianas no son un “problema” que será “resuelto”, sino más bien un proceso continuo de aprendizaje y refinamiento. Este proceso no sólo nos permite vivir juntos en paz, sino que también enriquece nuestra comprensión de nuestra propia tradición, y de nosotros mismos como hijos de Dios y personas religiosas.

Incluso dentro de la comunidad de diálogo, seguimos aprendiendo sobre las estructuras profundamente arraigadas de pensamiento y temor que pueden impedir una verdadera reciprocidad. Somos absolutamente conscientes de que hay partes del mundo judío y del mundo cristiano que aún no han sido tocados por el diálogo, y se resisten, e incluso se oponen a él, de modo que aún resta mucho trabajo por hacer. En algunos casos, se ignoran o se revierten los avances basados en el diálogo. Esto habla de la necesidad de desarrollar en ambas tradiciones teologías que afirmen la autenticidad y la integridad religiosas permanentes del Otro judío o cristiano.

Estamos aprendiendo a valorar mejor las diferentes memorias y agendas que traen los cristianos y los judíos a los intercambios. Estamos convencidos de que un auténtico diálogo nunca busca convencer al otro de nuestra propia verdad, sino que sirve más bien para cambiar nuestro propio corazón comprendiendo a los demás en sus propios términos, en la medida de lo posible. De hecho, el diálogo interreligioso, en su sentido más pleno, es imposible si alguna de las partes

alberga el deseo de convertir al otro. Además, la experiencia general tanto de los cristianos como de los judíos indica que el diálogo interreligioso ofrece una comprensión más profunda de la propia tradición religiosa.

Por lo general, el diálogo se ha producido donde los judíos y los cristianos viven en proximidad geográfica. También es importante erradicar estereotipos y promover una comprensión correcta de las tradiciones del otro entre los que viven a grandes distancias de la otra comunidad o no tienen contacto con ella. Por otra parte, estamos convencidos de que el ejemplo del diálogo judeo-cristiano puede ser una inspiración y un modelo para otros grupos religiosos en conflicto.

En los últimos años, tanto los judíos como los cristianos comprendieron la crítica necesidad de establecer un diálogo con los musulmanes. Este reconocimiento podría tentarnos a suponer que el trabajo de las relaciones judeo-cristianas ya se ha completado, y que ahora podemos dirigir nuestra atención hacia nuestros hermanos musulmanes. Pero aunque, sin duda, la necesidad del diálogo con el Islam es urgente, sería un error abandonar el esfuerzo judeo-cristiano, en primer lugar, porque constituye un modelo exitoso, y en segundo lugar, porque el trabajo aún está inconcluso. Ignorar al Islam también sería un error, tanto por la dimensión y el significado geopolítico de la comunidad musulmana, como por las convergencias y las divergencias religiosas entre las tres tradiciones. Incluir al Islam en el diálogo interreligioso no es simplemente poner una silla más a la mesa: así como hemos aprendido importantes lecciones de las conversaciones judeo-cristianas, la que tengamos con el Islam desarrollará sus propias metodologías, que serán un reflejo de las diferentes dinámicas que surjan en los encuentros bilaterales y trilaterales.

Como judíos y cristianos, hemos logrado entender en una forma cada vez más profunda que el significado duradero de nuestro diálogo surgirá de algo más que promover la tolerancia y el entendimiento, por loables que sean estos objetivos. También deberá permitirnos, como personas religiosas, trabajar juntos para enfrentar los desafíos del mundo de hoy, quizá sobre todo en el cuidado responsable del medio ambiente, y en la protección de la vida y las libertades del ser humano.

## **5. El diálogo cristiano-judío y el Estado de Israel**

La fundación del Estado de Israel tuvo un profundo impacto en la autocomprensión judía contemporánea, y por extensión, en el diálogo entre cristianos y judíos. Por diversas razones, las conversaciones sobre el Estado de Israel y el Medio Oriente son a menudo difíciles y polémicas, incluso cuando existe una confianza mutua entre judíos y cristianos.

En primer lugar, los factores religiosos y políticos se mezclan con la complejidad de las geopolíticas, las disputas y la historia de la región en formas que no son fáciles de entender. En segundo lugar, existen diversos puntos de vista sobre el Estado de Israel dentro de las comunidades judía y cristiana. En tercer lugar, los judíos y los cristianos tienen generalmente una diferencia fundamental de perspectiva sobre el significado de la Tierra –como algo diferente al Estado– de Israel. Esta diferencia reside en la manera en que ambos grupos se desarrollaron después de su separación, especialmente en la forma en que reaccionaron frente a la destrucción romana del Templo de Jerusalén, en el año 70, y a la pérdida definitiva de la autonomía judía después del año 135.

Los primeros rabinos establecieron que el hogar judío reemplazaría al desaparecido Templo, como lugar central de la celebración, y la oración y el estudio tomaron el lugar de los rituales del Templo. Gracias al trabajo creativo de los rabinos, el judaísmo y el pueblo judío pudieron sobrevivir sin una patria. Sin embargo, el apego a la Tierra de Israel permaneció en la memoria histórica judía, y se expresó en la cultura, la tradición y la liturgia rabínicas a través de los siglos, cuando no existía ningún Estado de Israel.

También empezaron a tomar forma entre los judíos y cristianos de las primeras Iglesias, nuevas interpretaciones y concepciones sobre el Templo y la Tierra. Para el cristianismo naciente, el Jesús resucitado se convirtió en foco de adoración. Su victoria sobre la muerte misma se consideró como algo importante para toda la humanidad, y no restringido a un lugar geográfico específico. Este punto de vista universalista se asoció más tarde con una polémica que interpretaba la pérdida de la soberanía nacional de los judíos como una demostración de un castigo divino por negarse a aceptar a Jesucristo.

A través del tiempo, los cristianos han tenido actitudes conflictivas hacia la Tierra de Israel. Algunos se centraron en la Jerusalén celestial en el más allá, mientras que otros promovieron peregrinaciones a los lugares por los que había caminado Jesús. En los últimos siglos, ciertas corrientes evangélicas han anticipado un regreso de los judíos a su patria ancestral como precondition para el retorno de Jesucristo. Aunque algunos cristianos no vieron ningún significado religioso en la fundación del Estado de Israel en 1948, muchos han celebrado su creación como un refugio para los judíos que fueran oprimidos en cualquier parte del mundo. Otros consideraron que desaparecía así la idea de que la intención de Dios era que los judíos fueran un pueblo errante sin hogar, y otros vieron el posible comienzo del fin de los tiempos. Estas diferentes perspectivas que interactúan entre los cristianos constituyen un factor importante cuando los cristianos dialogan con los judíos sobre el Estado de Israel.

Entre los judíos, la idea de restablecer una patria nacional surgió en el siglo XIX, con un movimiento llamado sionismo, uno de los numerosos movimientos nacionalistas de la época. El sionismo fue un esfuerzo pluralista que incluía muchos diferentes puntos de vista: religioso y secular, liberal y conservador, socialista y capitalista. No todos los sionistas eran judíos, ni todos los judíos eran sionistas. Pero la Shoah convenció a la gran mayoría de los judíos, incluso a los que antes habían sido indiferentes o adversos a ello, sobre la necesidad de una patria judía en la que los judíos pudieran controlar su propio destino. La fundación del Estado de Israel fue el proyecto colectivo más importante del pueblo judío en los tiempos modernos. Su seguridad constituye hoy una prioridad para la vasta mayoría de los judíos del mundo, que vinculan su supervivencia como pueblo con la supervivencia de su patria nacional. Esta es una convicción que muchos judíos traen al diálogo interreligioso.

Reconocer y honrar este vínculo central de los judíos con Israel no significa que una perspectiva religiosa específica –judía, cristiana o musulmana– pueda o deba resolver los conflictos políticos actuales. El nacimiento del Estado de Israel como una realidad política ha llevado a muchos cristianos conscientes a revisar sus preconceptos teológicos sobre el exilio y el retorno del pueblo judío, el Pueblo de Israel. Pero una teología renovada no ofrece respuestas a problemas políticos específicos. Del mismo modo, los reclamos musulmanes sobre la tierra de Palestina –o sobre cualquier otra tierra–, basados en la teología islámica, no pueden proporcionar fundamentos para



soluciones políticas, ni tampoco pueden hacerlo las afirmaciones territoriales de grupos judíos basadas en reivindicaciones religiosas. En síntesis, ni las reivindicaciones territoriales ni la estabilidad política pueden basarse en interpretaciones discutidas sobre diferentes escrituras o teologías. Las cuestiones de legitimidad, fronteras, derechos, ciudadanía, retribución y seguridad, sólo pueden resolverse por medio del acuerdo entre todas las partes relevantes, sobre la base del derecho internacional, y con el respaldo de medidas de implementación creíbles.

Entre los problemas políticos y sociales más acuciantes, está la catastrófica situación del pueblo palestino. Las discusiones sobre las diversas causas que contribuyen a esta situación, no deben distraer a la comunidad internacional, incluyendo a Israel y los Estados árabes vecinos, de la urgente necesidad de ocuparse del sufrimiento y la rehabilitación de los refugiados palestinos. También se requiere con urgencia, para el establecimiento de la paz y la estabilidad, un reconocimiento palestino concomitante de la autocomprensión de Israel.

El Estado de Israel tiene muchos logros y éxitos, pero también enfrenta muchos problemas y desafíos para vivir de acuerdo con sus ideales declarados, entre ellos, el de garantizar iguales derechos para todos sus ciudadanos. En ese aspecto, no es el único caso entre las naciones del mundo.

Cuando los judíos, los cristianos y los musulmanes entablan un diálogo interreligioso sobre estos temas, siempre existe un riesgo de antisemitismo y de islamofobia, así como de percepciones hipersensibilizadas y tergiversaciones de esas dos actitudes. Los participantes del diálogo deben poder criticar libremente al gobierno de Israel y sus políticas, sin ser automáticamente acusados de antisemitismo o antisionismo. Del mismo modo, deben ser libres de criticar los errores de los líderes musulmanes –seculares o religiosos– y las políticas de las naciones musulmanas, sin ser acusados de albergar temores irracionales con respecto al Islam. Los líderes cristianos locales también pueden ser criticados sin que se aleguen motivaciones anticristianas.

Por otro lado, cuando se critica al Estado de Israel aplicando un patrón que no se les exige a las demás naciones, cuando se denuncia a Israel por tomar represalias militares sin condenar los ataques que las provocaron, cuando se califica al Islam como una religión de terroristas sobre la base de declaraciones y acciones extremistas radicales, cuando no se reconoce a los palestinos como una nacionalidad distintiva, en síntesis, cuando se invocan estereotipos y falsedades, la presencia de la intolerancia étnica o religiosa debe ser reconocida y enfrentada.

Los judíos pueden esperar que sus interlocutores en el diálogo apoyen los derechos del Estado de Israel en cuanto nación, sin esperar que defiendan todas sus acciones y políticas. Los musulmanes pueden esperar que sus interlocutores en el diálogo defiendan los derechos y las necesidades de los palestinos, sin esperar que apoyen todas sus reivindicaciones o acciones, o que pasen por alto sus errores. Los cristianos pueden esperar que sus interlocutores en el diálogo reconozcan su situación difícil en la región, como minoría a menudo atrapada entre mayorías religiosas en conflicto, sin esperar que abandonen sus propias prioridades. Y esos cristianos también deberían esperar críticas si sus declaraciones sirven a propósitos antisemitas.

Creemos que los diálogos interreligiosos no pueden eludir las cuestiones difíciles, si se quieren desarrollar relaciones significativas y duraderas. Los diálogos interreligiosos bilaterales y trilaterales pueden contribuir a la paz, eliminando las caricaturas y promoviendo un auténtico

entendimiento mutuo. El diálogo interreligioso también puede alentar a los dirigentes políticos a buscar el bienestar de todos, y no solamente el del propio grupo religioso o étnico.

## C. El camino futuro

### 1. El mundo cambiante del siglo XXI

El mundo de hoy es un lugar de confusión y cambios vertiginosos. En los casi 70 años desde el estallido de la Segunda Guerra Mundial, murieron alrededor de 28 millones de personas en guerras y otros conflictos. Alrededor de 75 millones de personas se convirtieron en refugiados. Estos refugiados que huyen de la guerra y la persecución, y los inmigrantes que huyen de la pobreza y la desesperanza, han cambiado la demografía de Europa occidental y las Américas. Muchos encontraron prejuicios y discriminación en sus nuevos destinos. Algunos llevaron consigo el odio y los prejuicios alimentados por otros conflictos y culturas. Poblaciones otrora dominantes en un lugar particular, pueden verse llevadas a una situación de minoría. Tanto las minorías en aumento como las mayorías en disminución, se sienten tentadas a responder a las demografías cambiantes adoptando una “mentalidad de asedio”, que refuerza el dogmatismo religioso y las ideas fundamentalistas. Muchas personas que viven en medio de poblaciones reorganizadas deben enfrentar el problema de las múltiples identidades, al tratar de mantener en equilibrio las cuestiones nacionales, étnicas, religiosas, de género y de edad en un momento determinado. En esos ambientes, el diálogo interreligioso es más necesario y más difícil. Pero el diálogo permite que las personas analicen sus propias experiencias al lidiar con identidades en pugna.

Somos absolutamente conscientes de los conflictos generados en todo el planeta por un proceso de globalización que al mismo tiempo reduce y agranda nuestro mundo. Lo agranda, porque un siglo atrás, a pesar de las enormes olas inmigratorias hacia el Nuevo Mundo, la mayoría de la gente nacía, crecía y moría dentro de un área geográfica pequeña. Su experiencia del mundo estaba limitada por el alcance del tren o del barco. Sólo a mediados de siglo comenzó a aumentar el tráfico aéreo. En la actualidad, no hay ningún lugar del planeta que esté fuera de alcance. Las crónicas de los medios de comunicación complementan los viajes físicos, mostrando países y culturas que están más allá de la experiencia de la mayoría. Asistimos a la inconmensurable diversidad de la vida humana, y se han ampliado nuestros horizontes. El mundo parece más grande.

Las mismas tecnologías que llevan cada rincón del globo a las pantallas de nuestro televisor o de nuestra computadora también están reduciendo nuestro mundo. La erupción de un volcán, un tsunami o el estallido de una bomba se conocen en todo el planeta en minutos, y tienen repercusiones mundiales. La promesa de la comunicación instantánea –que uniría al mundo, facilitaría el entendimiento y superaría las barreras– fue oscurecida muchas veces por la realidad de que también puede propagar la calumnia y difundir el odio. La tecnología es una herramienta invaluable para la comunicación, la información y la investigación, pero a veces sus resultados están infectados con desinformación y difamación. En Internet abundan los sitios que fomentan el odio, la calumnia prolifera a velocidad electrónica, y la pornografía desenfrenada deshumaniza a las personas y las convierte en objetos. Nos oponemos a todos los prejuicios raciales, étnicos e ideológicos, y, como organizaciones e individuos religiosos, debe preocuparnos especialmente todo lo que se base en prejuicios religiosos y en intolerancia religiosa.

Los rápidos cambios en la población, las tecnologías y las sociedades, que caracterizan a la civilización actual, constituyen un desafío para los cristianos y los judíos, como para todas las personas, y causan nuevas inseguridades. Por eso existe una necesidad sin precedentes de diálogo interreligioso, entendimiento y cooperación, que se adapten a nuestro mundo cambiante, ayudándonos a enfrentar juntos sus desafíos.

## **2. El ICCJ y el futuro**

Los miembros del Consejo Internacional de Cristianos y Judíos, reunidos para conmemorar la promulgación de los Diez Puntos de Seelisberg, hemos reflexionado sobre las seis décadas transcurridas, así como sobre los singulares desafíos del siglo XXI. En este punto de la historia de nuestro mundo y de nuestras respectivas tradiciones religiosas, nos sentimos más comprometidos que nunca con la tarea de construir el entendimiento y la solidaridad entre judíos y cristianos. Está muy claro para nosotros que las realidades emergentes del siglo XXI requieren una revaloración de nuestras relaciones interreligiosas y nuevas prioridades para el futuro. Esta convicción es el origen del presente documento.

Invitamos a los judíos y los cristianos de todo el mundo a unirse a nosotros en la prosecución de los objetivos que nos hemos propuesto, objetivos que brotan de nuestra común convicción de que Dios espera que nosotros –precisamente como judíos y cristianos– preparemos el mundo para el Reino de Dios, la Era futura de la justicia y la paz de Dios. Exhortamos a todos los hombres y mujeres con ideales similares a colaborar en promover la solidaridad, la prosperidad y el entendimiento humanos. Invitamos a todos a caminar con nosotros, para construir juntos una nueva relación entre los judíos y los cristianos, y entre todos los pueblos.